El guaraní

Del Paraguay aniquilado, sobrevive la lengua.
Misteriosos poderes tiene el guaraní, lengua de indios, lengua de conquistados que los conquistadores hicieron suya. A pesar de prohibiciones y desprecios, el guaraní es la lengua nacional de esta patria en escombros y lengua nacional seguirá siendo aunque la ley no quiera. Aquí el mosquito se seguirá llamando *uña del Diablo* y *caballito del Diablo* la libélula. Seguirán siendo *fuegos de la luna* las estrellas y el crepúsculo *la boca de la noche.*
En guaraní han pronunciado los soldados paraguayos su santo y seña y sus arengas, mientras duró la guerra, y en guaraní han cantado. En guaraní callan, ahora, los muertos.

1870
Buenos Aires

Sarmiento

El presidente argentino, Domingo Faustino Sarmiento, recibe el parte militar de la victoria en Paraguay. Ordena a la banda de música que toque serenatas y escribe: *Es providencial que un tirano haya hecho morir a todo ese pueblo guaraní. Era preciso purgar la tierra de toda esa excrecencia humana.*
Sarmiento, fundador de la Sociedad Protectora de Animales, predica el racismo sin pelos en la lengua y lo practica sin que le tiemble la mano. Admira a los norteamericanos, *exentos de toda mezcla de razas inferiores,* pero de México al sur no ve más que barbarie, mugre, superstición, caos y locura. Esas tinieblas lo aterran y lo fascinan: él se lanza al ataque con un sable en una mano y un candil en la otra. Como gobernador y presidente, multiplica los cementerios y las escuelas y fomenta las nobles virtudes del degüello, el ahorro y la lectura. Como escritor, publica prosas de mucho talento a favor del exterminio de gauchos, indios y negros y su sustitución por blancos labriegos del norte de Europa, y en defensa del uso del frac y del corte de pelo a la inglesa.



1870
Río de Janeiro

Mil candelabros multiplican luces en los espejos

y los zapatos de seda dibujan círculos de valses sobre el lustroso suelo del palacio del barón de Itamaraty. La pareja imperial atraviesa las nubes de invitados, de salón en salón, incesantes besamanos y tintineos de cristales, y a su paso los sones marciales y los estruendosos vítores interrumpen el baile. Parecen pingüinos los caballeros y mariposas las damas, ceñidas por los miriñaques, desplegando encajes; y más de una luce senos europeos, importados por mademoiselle Arthémise, que acompañan perfectamente el movimiento ondulatorio de la respiración. Con champaña francés y música de moda, el Brasil celebra el arrasamiento del Paraguay.

Los carruajes que acuden a la fiesta se cruzan con las caravanas de negros cargados de pestilentes ollas y barriles. Nubes de moscas persiguen la procesión hacia las playas de Río de Janeiro. Cada anochecer, los esclavos arrojan la mierda de los amos a las aguas de la bella bahía.

1870
Río de Janeiro

Mauá

Mientras festejan la aniquilación del Paraguay, los países vencedores disputan el mapa del vencido a mordiscones.

En Río de Janeiro, alguien asiste con el ceño fruncido a las burbujosas celebraciones y se encoge de hombros cuando escucha hablar de las nuevas fronteras. Irineo Evangelista de Souza, barón de Mauá por gracia del emperador Pedro II, nunca quiso esta guerra. Desde el principio presintió que sería larga y desangradora y que también la perdería quien la ganara. ¿Laureles para el imperio del Brasil? ¿La paz iluminada por la gloria? ¿El imperio prosperando como si la guerra nunca hubiera sido? El barón de Mauá, socio brasileño de los Rothschild de Londres, sabe ahora que los exterminadores deben a la banca británica el doble de lo que debían. Dueño de grandes plantaciones, Mauá sabe que los cafetales han perdido en los campos de batalla muchos miles de esclavos negros. Acostumbrado a financiar los presupuestos y a emitir la moneda de los países vencedores, Mauá sabe también que se han empapelado de vales que nada valen. Y quizás sabe, quién sabe, que esta guerra recién terminada es el comienzo de su ruina personal, que los acreedores terminarán por arrancarle hasta los lentes de oro y que en sus últimos años volverá a ser aquel niño tan solito que un navegante había abandonado en los muelles de Río.

1870
Vassouras

Los barones del café

El valle del río Paraíba del sur produce la mayor parte del café que el mundo consume y también produce la mayor cantidad de vizcondes, barones y marqueses por metro cuadrado.

Desde el trono del Brasil, el emperador Pedro II recompensa ahora con nuevos títulos de nobleza a los esclavistas del café, que tanto dinero han aportado a la guerra contra el Paraguay.

No hay plantación con menos de cien esclavos. Siendo noche todavía, al toque de la campana de hierro los esclavos se lavan en el tanque, dan gracias en voz alta a Nuestro Señor Jesucristo y marchan al trabajo cerro arriba, empujados por el chicote de cinco correas.

Los hijos de los señores vienen al mundo de la mano de parteras negras, y nodrizas negras les dan de mamar. Criadas negras les enseñan canciones, leyendas y comidas. Con niños negros aprenden a jugar y con muchachas negras descubren el amor. Pero desde temprano saben quién es propietario y quién propiedad. La boda con la prima o la sobrina robustecerá la unidad de la familia y perpetuará la nobleza del linaje.

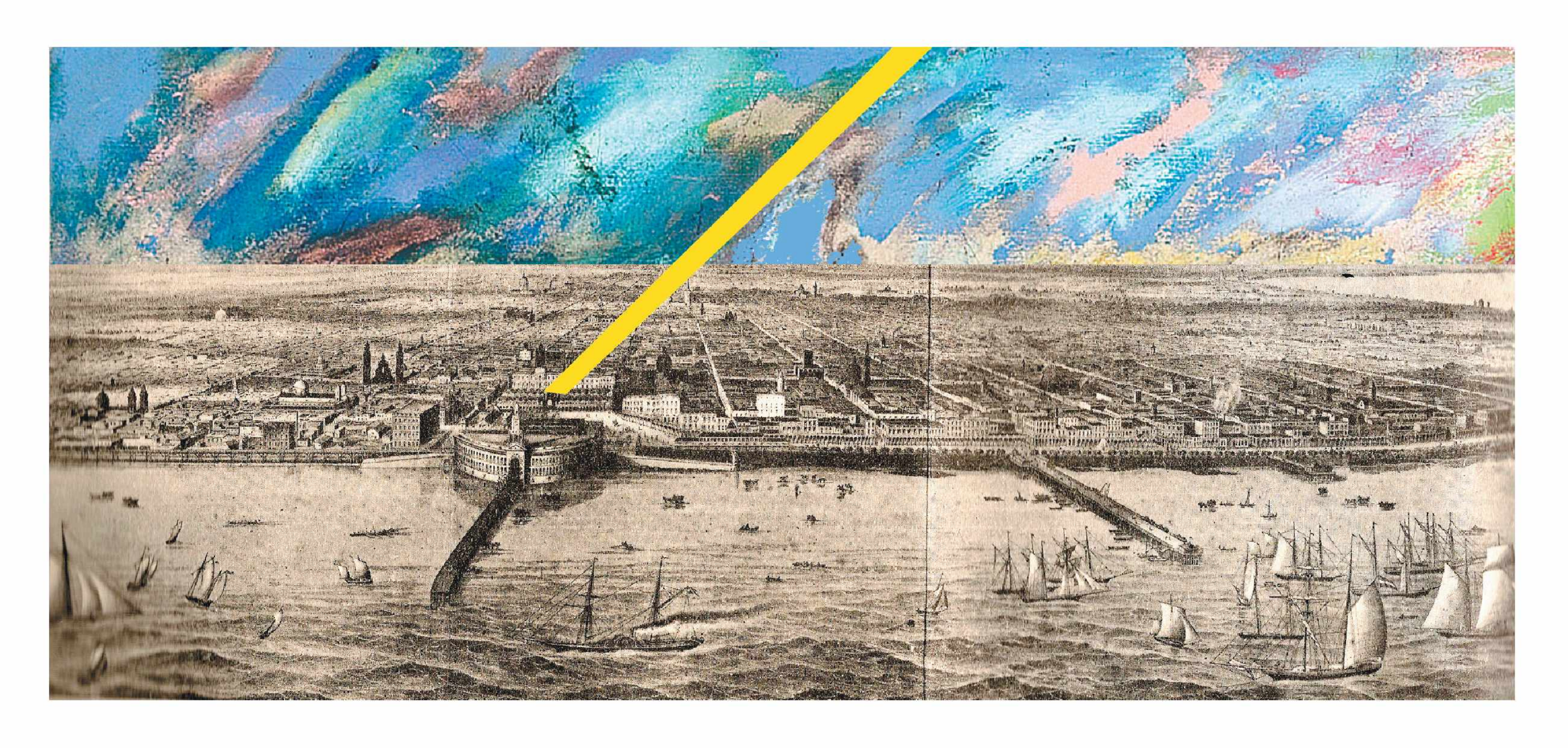
1870
San Pablo

Nabuco

Del negro esclavo comen todos. No sólo los barones del café y los señores del azúcar: cualquier brasileño libre, por pobre que sea, tiene por lo menos un esclavo trabajando para él.

Joaquim Nabuco denuncia, en discursos ardientes, la profunda infección. Nacido de terratenientes y políticos profesionales, Nabuco proclama que el Brasil no entrará en el mundo moderno mientras la tierra y la política pertenezcan a un puñado de familias y mientras descanse el país entero sobre las espaldas de los esclavos.

El poeta José Bonifácio encabeza el grupo de abolicionistas desde la Universidad de San Pablo. Además de Nabuco, trabajan con él otros intelectuales de brillante palabra, como Castro Alves, Rui Barbosa y Luís Gama, quien fue vendido en Bahía por su propio padre y consiguió escapar de la esclavitud para denunciarla.



1870
Buenos Aires

El Barrio Norte

Un jinete de blusa verde sopla la corneta que anuncia el peligro. Estrépito de cascos, bullicio de campanillas, estampida de transeúntes: el nuevo tranvía viene corriendo sobre rieles a la loca velocidad de diez kilómetros por hora. Un diario de Buenos Aires promete reservar una columna, cada día, para las víctimas.

Algún muertito hace el tranvía, por no defraudar, pero al poco tiempo ya nadie habla de sus furores homicidas. La fiebre amarilla ha invadido Buenos Aires y está asesinando a trescientos por día.

De esta peste nace el cementerio de la Chacarita, porque no hay dónde enterrar a tanto pobre, y nace también el Barrio Norte, porque los ricos huyen de su bastión tradicional. Las diez manzanas del sur de Plaza de Mayo han decidido el destino de toda la Argentina, desde siempre, y desde siempre han prosperado a su costa. Allí han vivido, hasta ahora, los caballeros que hacen política y negocios en el Café de París y las damas que hacen compras en la Tienda de Londres. Ahora los corre la fiebre amarilla, que se ceba con saña sobre la zona baja, rodeada de basurales y pantanos, cuna de mosquitos, caldo de plagas; y las casonas que el éxodo vacía se convierten en conventillos. Donde hasta hoy vivía una familia, doscientas personas se apiñarán como puedan.

Mucho ha crecido esta ciudad derramada sobre las riberas del río. Hace un par de siglos, Buenos Aires era una aldea triste y perdida. Hoy la habitan ciento ochenta mil personas y la mitad son extranjeros: albañiles, lavanderas, zapateros, peones, cocineras, serenos, carpinteros y otros arribantes que los vientos alisios han traído desde el mar Mediterráneo.

1870
París

Lautréamont a los veinticuatro

Era de hablar atropellado y se cansaba por nada. Pasaba las noches ante el piano, haciendo acordes y palabras, y al amanecer daban lástima sus ojos de fiebre.

Isidoro Ducasse, el imaginario conde de Lautréamont, ha muerto. El niño nacido y crecido en la guerra de Montevideo, el niño aquel que hacía preguntas al río-mar, ha muerto en un hotel de París. El editor no se había atrevido a enviar sus «Cantos» a las librerías.

Lautréamont había escrito himnos al piojo y al pederasta. Había cantado al farol rojo de los prostíbulos y a los insectos que prefieren la sangre al vino. Había increpado al dios borracho que nos creó y había proclamado que más vale nacer del vientre de una hembra de tiburón. Se había precipitado al abismo, piltrafa humana capaz de belleza y locura, y a lo largo de su caída había descubierto imágenes feroces y palabras asombrosas. Cada página que escribió grita cuando la rasgan.



1871
Lima

Juana Sánchez

El devastador Melgarejo ha caído. Ha huido de Bolivia, perseguido a pedradas por los indios, y malvive su exilio en un cuartucho de los arrabales de Lima. Del poder, no le queda más que el poncho color sangre. A su caballo, Holofernes, lo mataron los indios y le cortaron las orejas.

Pasa las noches aullando ante la casa de los Sánchez. El lúgubre vozarrón de Melgarejo hace temblar a Lima. Juana no abre la puerta.

Juana tenía dieciocho años cuando llegó a palacio. Melgarejo se encerró con ella tres días y tres noches. Los de la escolta escucharon gritos, golpes, bufidos, gemidos, ninguna palabra. Al cuarto día, Melgarejo emergió:

–*¡La quiero tanto como a mi ejército!*

La mesa de los banquetes se convirtió en altar. Al centro, entre cirios, Juana reinaba desnuda. Ministros, obispos y generales rendían homenaje a la bella y caían de rodillas cuando Melgarejo alzaba una llameante copa de coñac y cantaba versos de devoción. Ella, de pie, de mármol, sin más ropa que su pelo, desviaba la mirada.

Y callaba. Juana callaba. Cuando Melgarejo salía en campaña militar, la dejaba encerrada en un convento de La Paz. Volvía a palacio con ella en brazos y ella callaba, mujer virgen cada noche, cada noche nacida para él. Nada dijo Juana cuando Melgarejo arrancó a los indios las tierras de las comunidades y le regaló ochenta propiedades y una provincia entera para su familia.

También ahora calla Juana. Trancada a cal y canto la puerta de su mansión de Lima, no se muestra ni contesta los desesperados rugidos de Melgarejo. Ni siquiera le dice:

–*Nunca me tuviste. Yo no estaba allí.*

Llora y brama Melgarejo, sus puños como truenos contra la puerta. En este umbral, gritando el nombre de esta mujer, muere de dos balazos.

1873
Campamento de Tempú

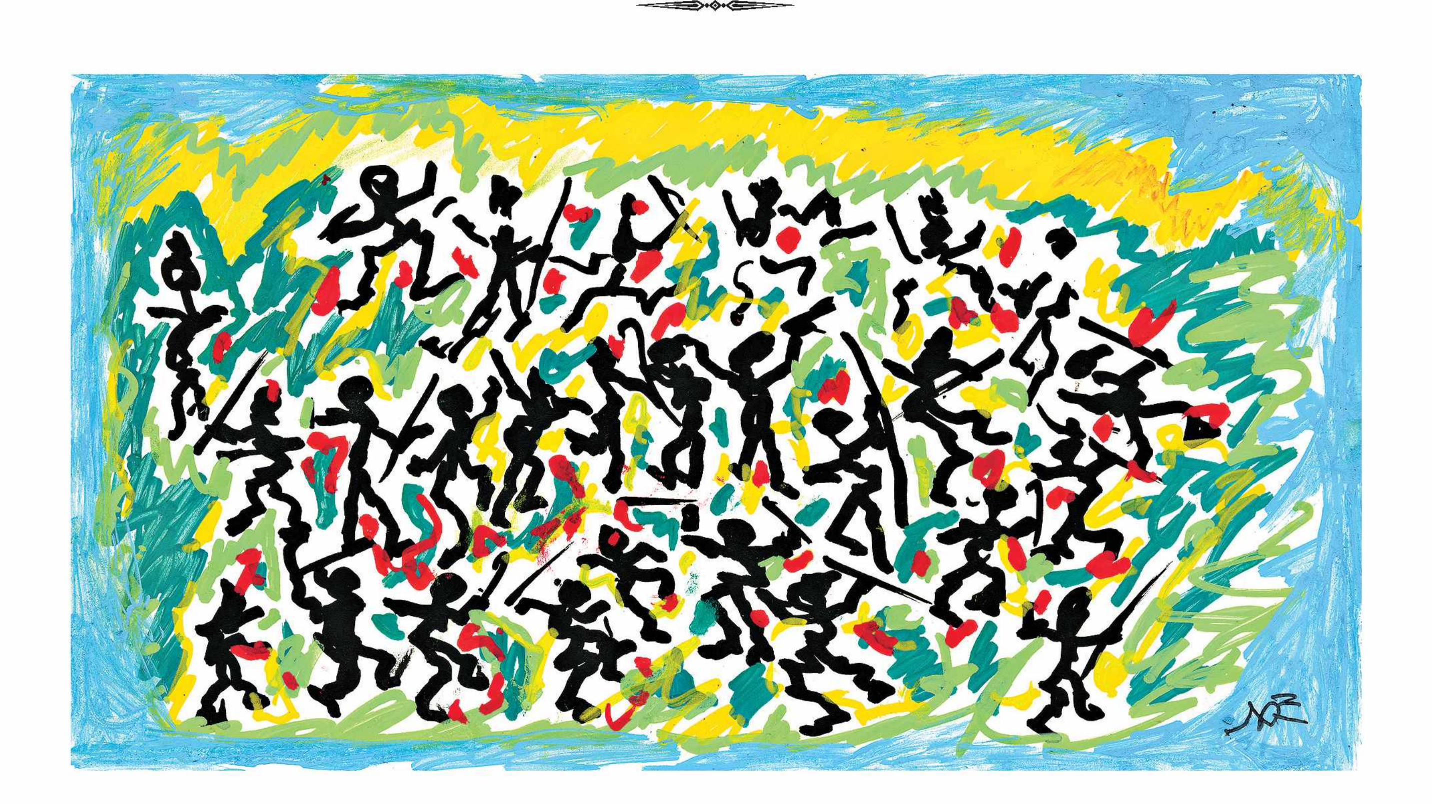
Los mambises

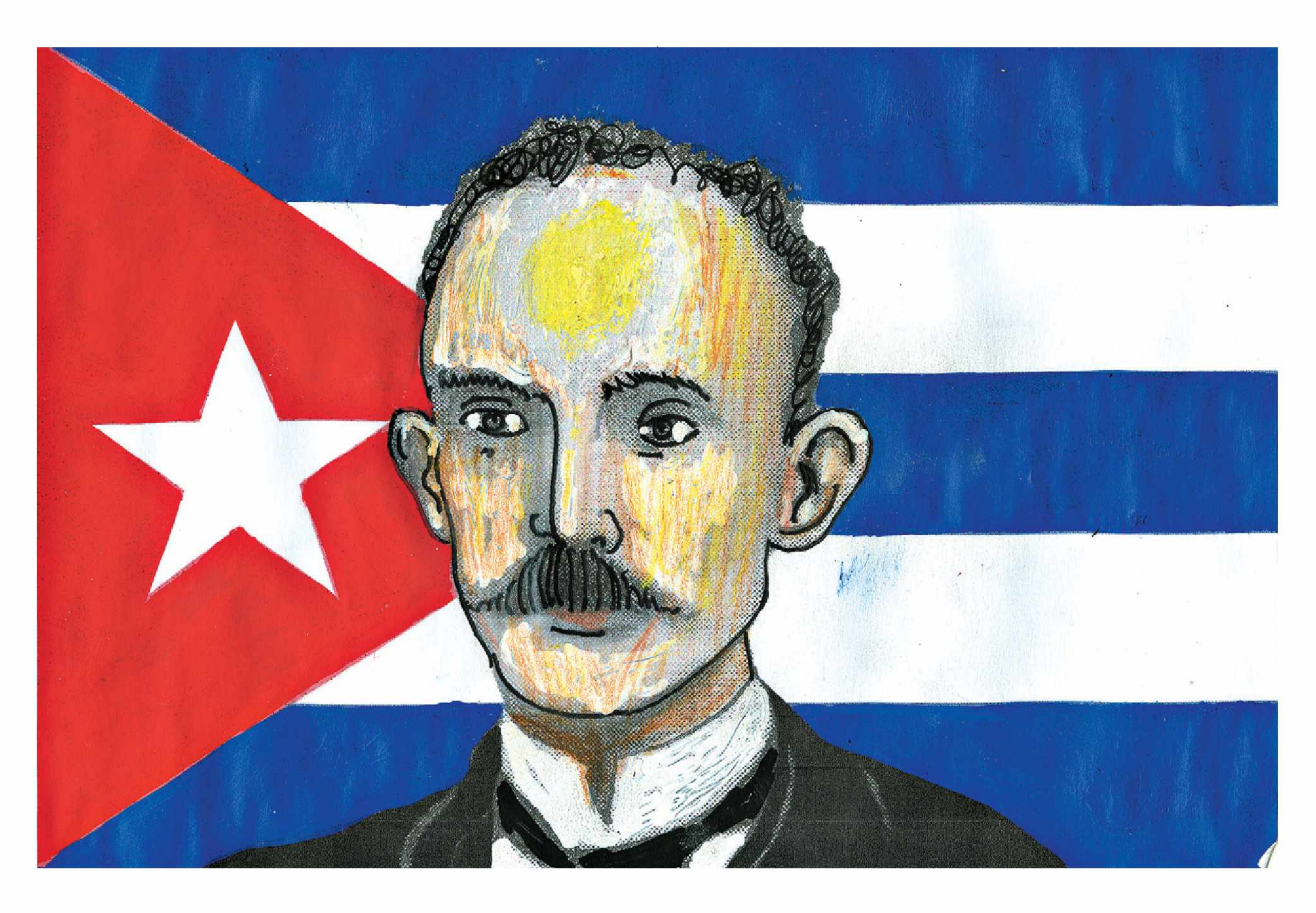
Los negros, brillosos de antorchas y otras luces, ondulan y giran y saltan, y charlan con los dioses aullando de dolor y de placer. Al corresponsal del *New York Herald*, estas turbulencias le resultan tan incomprensibles como las estaciones, que en Cuba ocurren todas a la vez dentro del infinito verano: el periodista parpadea fuerte cuando descubre que el mismo árbol ofrece, al mismo tiempo, la rama que florece estallando a pleno verdor y la rama que agoniza amarilleando.

Esta es la tierra del mambí, en la selva del oriente de Cuba. *Mambí* significa, allá en el Congo, *bandido, revoltoso,* pero mambí es en esta isla el esclavo que peleando se vuelve persona.

Antes de sumarse al ejército patriota, los mambises habían sido cimarrones en las sierras. El corresponsal del *Herald* calcula que la guerra colonial ha cobrado, en cinco años, ochenta mil vidas españolas. Muchos soldados han caído por enfermedad o bala; y muchos más por el machete mambí. La guerra ha convertido a los ingenios de azúcar en fortalezas armadas contra los ataques de los negros de afuera y las fugas de los negros de adentro.

En este campamento de mambises andrajosos, casi desnudos, todo se comparte. El periodista bebe agua con melaza, a falta de café, y al cabo de unos días jura odio eterno al boniato y a la jutía –un animalito que da de comer a quien lo atrapa en el agujero de un árbol o una roca. Esta guerra podría durar eternamente, escribe el periodista: aquí las lianas regalan agua cuando no hay río cerca y los árboles dan frutas, hamacas, sandalias y buena sombra para sentarse a contar chistes y aventuras mientras se curan los heridos.





1875
Ciudad de México

Martí

Recién le despuntaba el bigote cuando fundó en La Habana dos periódicos efímeros, *El Diablo Cojuelo* y *La Patria Libre*; y por querer la independencia de Cuba, colonia de España, lo condenaron a prisión y trabajos forzados. Antes, muy en la infancia todavía, había querido traducir a Shakespeare, y había incendiado palabras, y había jurado venganza ante un esclavo negro colgado de la horca. Había adivinado, en los más tempranos versos, que moriría en Cuba y por ella.

De la prisión, lo empujaron al destierro. No se le han borrado las marcas de los hierros en los tobillos. Nadie más patriota cubano que este hijo de un sargento español de colonias. Nadie más niño que este exiliado preguntón, que tantísimo se asombra y se indigna del mundo.

José Martí tiene veintidós años cuando asiste, en México, a la primera manifestación conjunta de estudiantes y trabajadores. Los sombrereros han declarado la huelga. Cuentan con la solidaridad de la Sociedad Fraternidad y Constancia de Peluqueros, la Sociedad Fraternal de Encuadernadores, los tipógrafos, los sastres y los intelectuales, *obreros de la Idea.* Al mismo tiempo, se desata la primera huelga universitaria, contra la expulsión de tres estudiantes de medicina.

Martí organiza recitales en beneficio de los sombrereros y en sus artículos describe a los estudiantes, que marchan junto con los obreros por las calles de la ciudad de México, todos tomados del brazo, todos vestidos de domingo: *Esta juventud entusiasta,* escribe, *tiene razón. Pero aunque estuviera equivocada, la amaríamos.*

1875
Fort Sill

Los últimos búfalos del sur

Estaban las llanuras del sur alfombradas de búfalos, que se multiplicaban como las altas hierbas, cuando el hombre blanco llegó desde Kansas. Ahora el viento huele a podrido. Los búfalos desollados yacen en las praderas. Millones de pieles han viajado hacia el este de Europa. El exterminio del búfalo no sólo da dinero: además, explica el general Sheridan, *es la única manera de conseguir una paz duradera y abrir paso al avance de la civilización.*

Los indios kiowas y comanches ya no encuentran búfalos en el territorio de la reservación de Fort Sill. En vano invocan la buena caza las danzas al dios Sol. Las raciones del gobierno federal, raciones de lástima, no alcanzan para comer. Los indios huyen al lejano cañón de Palo Duro, el último lugar con búfalos en las llanuras del sur. Allá encuentran comida y todo lo demás: convierten las pieles en viviendas, mantas y vestidos; los cuernos y los huesos en cucharas, cuchillos y puntas de flecha; los nervios y los tendones en cuerdas y redes y las vejigas en cántaros de agua.

Pronto llegan los soldados, entre nubes de polvo y pólvora. Queman chozas y víveres, matan mil caballos y arrean a los indios de vuelta a su encierro. Unos pocos kiowas consiguen escapar. Deambulan por las llanuras hasta que el hambre los rinde. Se entregan en Fort Sill. Allí los soldados los meten en un corral y cada día les arrojan pedazos de carne cruda.



Noé observa: Un fragmento de La danza del bufalo de Frederic Remington

El más allá, el más adentro

Se reúnen en asamblea los búfalos del último rebaño del sur. No se alarga la discusión. Todo está dicho y la noche continúa. Los búfalos saben que ya no son capaces de proteger a los indios.
Cuando se alza el alba desde el río, una mujer kiowa ve pasar al último rebaño a través de la neblina. El jefe marcha a paso lento, seguido por las hembras y las crías y los pocos machos todavía vivos. Al llegar al pie del monte Scott, se quedan esperando, inmóviles, con las cabezas bajas. Entonces el monte abre la boca y los búfalos entran. Allá adentro el mundo es verde y fresco.
Los búfalos han pasado. El monte se cierra.

1876
Little Big Horn

Toro Sentado

Cuando habla, ninguna palabra se cansa ni se cae.
No más mentiras, dice. Hace ocho años, el gobierno de los Estados Unidos garantizó a los sioux, por solemne tratado, que por siempre serían dueños de las Montañas Negras, su centro del mundo, el lugar donde los guerreros hablan con los dioses. Hace dos años, se descubrió oro en estas tierras. El año pasado, el gobierno ordenó a los sioux que abandonaran los campos de caza donde los mineros buscaban oro en rocas y manantiales.
He dicho bastante. No más mentiras. Toro Sentado, jefe de jefes, ha concentrado a varios miles de guerreros de las llanuras, sioux, cheyennes, arapahos. Ha bailado tres días y tres noches. Ha clavado los ojos en el sol. Sabe.
Despierta antes del alba. Sus pies desnudos se mojan en el rocío y reciben los latidos de la tierra.
Al amanecer, alza la vista más allá de las colinas. Allá viene el general Custer. Allá viene el Séptimo de Caballería.



1876
Little Big Horn

Alce Negro

A los nueve años, escuchó las voces. Supo que todos los seres con piernas, alas o raíces somos hijos del mismo padre sol y de la misma madre tierra, de cuyos pechos mamamos. Las voces le anunciaron que él haría florecer el bastón sagrado, el árbol de la vida clavado en el centro de la tierra de los sioux, y que montado en nube de tormenta mataría la sequía. También le anunciaron guerras y penares.

A los diez años, encontró por primera vez un hombre blanco. Pensó que se trataba de un enfermo.

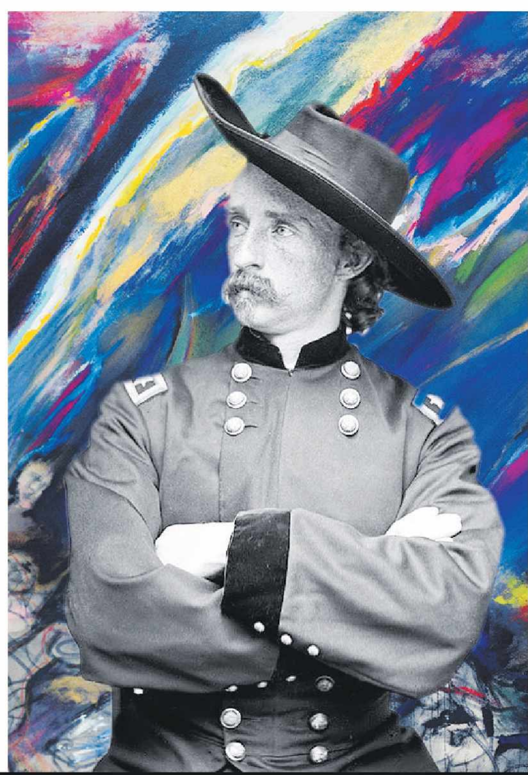
A los trece, Alce Negro se está bañando en el río Little Big Horn cuando los gritos avisan que vienen los soldados. Trepa a una colina y desde allí ve una inmensa nube de polvo llena de estampidos y alaridos, y de la nube huyen muchos caballos con las sillas vacías.

1876
Little Big Horn

Custer

Vasija Negra, el jefe cheyenne, se lo había advertido cuando fumaron juntos la pipa de la paz. Custer moriría si traicionaba sus promesas, y ningún indio se ensuciaría las manos desollando su cráneo. Después, Custer incendió ese campamento y el jefe Vasija Negra fue acribillado a balazos entre las llamas. Ahora el general George Armstrong Custer es uno más entre los muertos del Séptimo de Caballería, que los indios han destrozado a orillas del río Little Big Horn. Custer se había hecho afeitar, anoche, la cabellera dorada. Su cráneo rapado luce intacto y todavía tiene esa cara más bien estúpida de los hombres que nunca han sido derrotados.





El General Custer contemplando un afiche de Buffalo Bill

1876
War Bonnet Creek

Buffalo Bill

Poco después de la derrota de Little Big Horn, unos soldados se abalanzan sobre los indios cheyennes acampados a orillas de un riachuelo y en el tiroteo cae el jefe Mano Amarilla.
Buffalo Bill es el primero en llegar. De un tajo arranca el cuero cabelludo del jefe cheyenne y de un galope vuela hacia los escenarios de lejanas ciudades. La historia del Oeste se va convirtiendo en espectáculo a medida que ocurre. No ha terminado la batalla y ya el desollador está vendiendo su épica hazaña en los teatros de Filadelfia, Baltimore, Washington y Nueva York. Para memoria y venganza del general Custer, Buffalo Bill alza los brazos ante las plateas repletas: de una mano asoma el cuchillo y de la otra, que estruja un pellejo teñido de sangre, cuelga una cascada de plumas multicolores. El héroe viste un traje mexicano de mucho ornamento, con un par de revólveres en la cintura y en bandolera el Winchester de quince tiros. Pronto la escena ilustrará las tapas de las novelitas de *cowboys* que circulan por todo el país.
Buffalo Bill, el más célebre de los vaqueros, no ha arreado una vaca en su vida. El símbolo vivo de la conquista del Oeste, inmortal superhombre, ha hecho su fama exterminando indios y búfalos y hablando sin parar sobre su propio coraje y puntería. Lo bautizaron Buffalo Bill cuando trabajaba para el ferrocarril de la Kansas Pacific: él dice que en un año y medio disparó 4280 tiros y mató 4280 búfalos, aunque las mujeres le impedían trabajar a pleno rendimiento.

1876
Ciudad de México

Irse

El general Santa Anna había sido once veces presidente de México. Compraba la lealtad de sus generales vendiendo pedazos de país y aplicando impuestos a perros, caballos y ventanas; pero a menudo tuvo que huir de palacio, disfrazado de pobre. Aunque fue un especialista en perder guerras, hizo levantar muchas estatuas de sí mismo, al galope en el bronce, la espada en alto, y por decreto convirtió su cumpleaños en fiesta nacional.

Cuando volvió del destierro, ya habían muerto todos sus amigos y todos sus enemigos. Hundido en el fondo de un sillón, siempre con un gallo en brazos, Santa Anna frotaba antiguas medallas o se rascaba la pierna de corcho. Estaba ciego, pero creía ver carruajes de príncipes y presidentes deteniéndose ante su puerta. Estaba sordo, pero creía escuchar letanías de multitudes acudiendo a suplicar audiencia y clemencia o empleo.

–*¡Que esperen!* –chillaba Santa Anna–. *¡Que se callen!* –mientras el último de sus lacayos le mudaba los pantalones meados.

De su casa de la calle Vergara, hipotecada, siempre vacía, lo sacan ahora para llevarlo al cementerio. Los gallos marchan delante del ataúd, encarando gente y pidiendo pelea.